

Mié
19
Feb
2020

Evangelio del día

Sexta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Beato Álvaro de Córdoba (19 de Febrero)

“¿Ves algo? El hombre miró y veía con toda claridad”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol Santiago 1, 19-27

Tened esto presente, mis queridos hermanos: que toda persona sea pronta para escuchar, lenta para hablar y lenta a la ira, pues la ira del hombre no produce la justicia que Dios quiere.

Por eso, desechad toda inmundicia y la carga del mal que os sobra y acoged con docilidad esa palabra, que ha sido injertada en vosotros y es capaz de salvar vuestras vidas.

Poned en práctica la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque quien oye la palabra y no la pone en práctica, ese se parece al hombre que se miraba la cara en un espejo y, apenas se miraba, daba media vuelta y se olvidaba de cómo era. Pero el que se concentra en la ley perfecta, la de la libertad, y permanece en ella, no como oyente olvidadizo, sino poniéndola en práctica, ese será dichoso al practicarla.

Si alguien se cree religioso y no refrena su lengua, sino que se engaña a sí mismo, su religiosidad está vacía.

La religiosidad auténtica e intachable a los ojos de Dios Padre es esta: atender a huérfanos y viudas en su aflicción y mantenerse incontaminado del mundo.

Salmo de hoy

Sal 14, 2-3ab. 3cd-4ab R/. ¿Quién puede habitar en tu monte santo, Señor?

El que procede honradamente
y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua. R/.

El que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino.
El que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor. R/.

El que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que así obra nunca fallará. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 8, 22-26

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos llegaron a Betsaida.

Y le trajeron a un ciego pidiéndole que lo tocara.

Él lo sacó de la aldea, llevándolo de la mano, le untó saliva en los ojos, le impuso las manos y le preguntó:

«¿Ves algo?».

Levantando los ojos dijo:

«Veo hombres; me parecen árboles, pero andan».

Le puso otra vez las manos en los ojos; el hombre miró: estaba curado y veía todo con claridad.

Jesús lo mandó a casa diciéndole que no entrara en la aldea.

Reflexión del Evangelio de hoy

Que toda persona sea pronta para escuchar, lenta para hablar

Hay una libertad que brota de la fe, que nos permite escuchar cada insinuación que venga por parte de Dios. Santiago nos sugiere que estemos prontos para la escucha, y lentos para hablar. Nos invita con ello a la reflexión. Por lo general, no escuchamos debidamente a quien nos habla, le interrumpimos en su exposición con inmediatez, sin esperar hasta dónde llega su discurso.

Hay discursos que parecen interminables, pero es necesario que la escucha no sea entrecortada por la impaciencia, porque parecerá que tenemos respuestas inmediatas y automáticas para ello, lo cual es signo de no querer escuchar más. Esto nos sirve tanto para el trato con una persona, como para la oración.

En un diálogo adecuado, es necesario escuchar debidamente, sin prisas, poniendo interés en la palabra del otro. Seguro que algo se aprenderá si ponemos atención a sus palabras.

Lentitud para hablar, y lentitud para la ira, es lo que nos sugiere la carta de Santiago hoy, que dice que la ira, no produce la justicia que Dios quiere. Es decir, la ira está alejada de toda escucha, de todo diálogo, de toda persona, y también me aleja de Dios.

Por medio de la ira proyectamos nuestro malestar hacia los otros. Por medio de la ira dejamos de ser dueños de nuestros valores, y de nosotros mismos. Con la ira despertamos los deseos de venganza, y rompemos toda capacidad de encuentro que podamos tener con los otros. Expresarse con ira es la forma en que nos hemos dejado vencer por la irracionalidad.

Hablar demasiado debe ser considerado de mala educación; no por mucho hablar se dicen cosas importantes, y la atención se dispersa cuando se utiliza la palabra en exceso. Por eso, hemos de poner paciencia cuando pretendamos hacer uso de la palabra. La palabra tiene como finalidad la comunicación; un monólogo, o un soliloquio no conducen al encuentro con las personas.

Por eso, cuando tenga el uso de la palabra es necesario adecuar mi intervención a los momentos sutiles de silencio que una conversación requiere. El silencio en una conversación, es el respeto por el otro, la espera de que el otro también está dispuesto a enriquecerme con su pensamiento, con su cultura, y con su palabra.

Santiago nos invita a que nos dejemos guiar por la Palabra de Dios, que nos da vida y salva. Es una palabra viva y eficaz, pero requiere de nosotros ponerla en práctica. En ella, adquirimos la capacidad de ser libres, y nos adecuamos al ser de Dios.

¿Ves algo? El hombre miró y veía con toda claridad

A veces queremos ver más allá de nuestras posibilidades. Otras veces, queremos que nuestra mirada es más nítida que la de todos los demás. En ocasiones, necesitamos que alguien nos guíe porque nuestra ceguera se ha agudizado, queremos ver, lo intentamos, pero no logramos ver o comprender lo que nos habla de Dios. Por ello, necesitamos recrear nuestra mirada.

Sartre, en su metafísica, decía que "el infierno es la mirada del otro". Puede que así veamos las consideraciones y la convivencia con el hermano. Por eso, necesitamos recrear nuestra mirada sobre el otro, para que no suponga un infierno. Pero todo esto indica, que muchas veces hacemos depender nuestra visión sobre el otro y sobre Dios de las opiniones de los demás. Le damos demasiado peso a lo que piensen de nosotros. Deberíamos, si es el caso, preguntarnos porqué la experiencia que tengo de Dios y de mí mismo, no tiene mayor peso. Que las palabras que pueda decirme de Dios y de mí mismo no sean una liberación.

Encontramos en este Evangelio de Marcos, al ciego de Betsaida, querían que Jesús lo tocara para curarlo. Jesús lo saca de la aldea, le unta barro con saliva, le impone las manos y le pregunta si ve algo. Parece un camino progresivo. Primero lo saca de la aldea, del lugar de sus costumbres, del lugar que le impide ver y comprender. Como segundo paso, unta su saliva con barro queriendo hacer un acto de recreación: barro y aliento de Dios mezclados con la imposición de manos, que es lo característico para recibir el Espíritu que es quien actúa en Jesucristo, y que, por medio de Él, el ciego es curado.

Tras la pregunta de Jesús al ciego "Ves algo", el ciego ve una realidad ilusoria y deformada: "Veo hombres que parecen árboles, pero andan". El ciego aún no conoce lo que es ser hombre, ni distingue la realidad humana con otras dimensiones de la naturaleza. Jesús repite el gesto, y entonces, el ciego ve con toda claridad.

Hay un dato que llama la atención, y es que Jesús le indica al ciego que permanezca fuera de la aldea. Una vez realizado el acto de recreación, de curación, de liberación, parece absurdo volver atrás. Al lugar del pasado, a las conductas y pensamientos que ofuscaron la mirada de aquel hombre.

En nuestro camino los prejuicios, las conductas, y las ideas embotan nuestra visión de la realidad. Percibimos, pero no acertamos a situarnos cara al hombre, cara a uno mismo y cara a Dios. Pidamos para que el Señor nos libere de ellos, y recree nuestra mirada cambiando nuestro corazón.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Beato Álvaro de Córdoba

Alvaro nació en Zamora y en 1368 entró en la Orden. Fue durante muchos años profesor en San Pablo de Valladolid y luego maestro en teología de Salamanca y confesor del rey Juan 11 de Castilla. Después de una peregrinación a Tierra Santa e Italia (1418-1420) para conocer de cerca la reforma de la Orden realizada por el beato Raimundo de Capua, inició la misma labor de reforma en España fundando el convento de Scala Coeli (Córdoba), cuna de la reforma. Del papa Martín V recibe el nombramiento de superior mayor de los conventos reformados en España. También en Scala Coeli instauró el primer «Vía crucis» localizado que se conoce. La devoción popular le ha llamado santo. Muere un 19 de febrero alrededor del año 1430 y su cuerpo se venera en el convento de Scala Coeli. Su culto fue confirmado el 22 de septiembre del 1741.

Oración colecta

Oh Dios que adornaste al beato Álvaro
con las virtudes de la caridad y de la penitencia;
concédenos, por su intercesión
y movidos por su ejemplo,
llevar siempre en nuestro cuerpo
la muerte de Cristo
y en nuestro corazón el amor a ti.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

Oración sobre las ofrendas

Recibe, Señor, la ofrenda de tus hijos
en la festividad del beato Álvaro
y haznos aceptables a tus ojos
por la sinceridad de corazón.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Oración después de la comunión

Vivifícanos, Señor,
por estos sacramentos que hemos recibido;
y al celebrar con gozo la fiesta del beato Álvaro,
concédenos que
el ejemplo de su celo apostólico
nos impulse a crecer cada día
en gracia y santidad.
Por Jesucristo nuestro Señor.